

9-30-2010

Fernando Ortiz y el espiritismo de cordón

Ángel Lago Vieito

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Lago Vieito, Ángel. 2010. Fernando Ortiz y el espiritismo de cordón. *Revista Surco Sur*, Vol. 1: Iss. 1, 54-56.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.1.1.14>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol1/iss1/16>

This NUESTRA AMÉRICA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

Ángel Lago Vieito

Fernando Ortiz y el espiritismo de cordón

La obra del sabio cubano Fernando Ortiz (1881-1969) es imprescindible para abordar el estudio de la cultura cubana. Su prolija labor abarcó diversos ámbitos investigativos: jurídicos, antropológicos, étnicos y religiosos; sus aportes gnoseológicos y metodológicos alcanzaron relieve mundial.

Fue sin dudas Don Fernando un gran humanista, preocupado por las raíces históricas, el folklor y las expresiones religiosas de la población de origen negroide, como parte indisoluble de la sociedad cubana. Centró su mira investigativa y divulgativa en la reivindicación y la plena integración nacional de los portadores de esa herencia cultural.

Ahora bien, aunque de gran magnitud, su obra (humana al fin), no es – ni pienso que lo pretendiera – perfecta. Podría decirse que quizás su comprensión de ciertos procesos etnoculturales estuvo limitada por una visión capitalina, habanera – y en ese sentido estrecha –, que no le permitió captar la esencia y el espíritu propios de otras regiones de la geografía insular que presentaban un disímil devenir histórico-social; que es posible que su loable labor vindicadora de lo negro no le permitiera observar las huellas de otros componentes culturales – vale decir, los indígenas –, en el proceso de formación de la identidad cultural cubana.

Y ese es precisamente el caso de su acercamiento – a mediados de la pasada centuria –, al denominado “espiritismo de cordón”, expresión religiosa originaria del Oriente de Cuba, que expuso en diez artículos en la revista “Bohemia”, tras un extenso recorrido investigativo por esa parte del país.

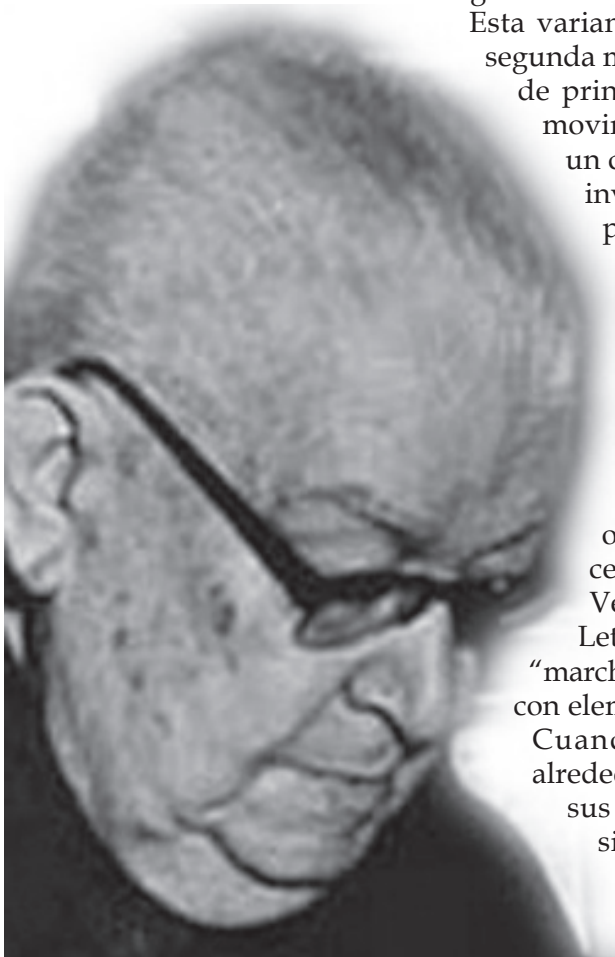
El “espiritismo de cordón” es una variante ritualista del espiritismo en Cuba, surgida en la parte oriental de la Isla como resultado de la evolución de prácticas religiosas populares durante el período colonial, en la que probablemente se mantuvieron elementos de la religión aborígen, con algunas influencias católicas y afroides.

Esta variante del espiritismo se conoce en Cuba desde la segunda mitad del siglo XIX, aunque su consolidación data de principios del XX. Posee gran riqueza de cantos y movimientos danzarios, que ejecutan los *mediums* en un cordón o cadena, al ritmo de canciones, himnos e invocaciones, que propician el estado de trance o posesión de los ejecutantes por parte del espíritu.

El cordón apareció primeramente en zonas de la actual provincia de Granma, y posteriormente se diseminó por regiones circunvecinas, con similares características en su evolución histórica, como Holguín, Las Tunas y Camagüey. En otros lugares del país, como La Habana, su difusión ha sido limitada, y los fundadores de centros provenían o se habían formado en las zonas originarias. Vale decir que actualmente existe un centro espiritista en la ciudad de Miami, y otro en Venezuela, que son extensiones del centro de Los Letreros, de Manzanillo, y que practican la llamada “marcha triunfal”, una variante específica muy permeada con elementos del catolicismo.

Cuando la práctica organizada del cordón tenía alrededor de 50 años, Fernando Ortiz la estudió y dio sus consideraciones. Fue el primero que de forma sistemática y profunda indagó sobre esa forma sincrética de espiritismo, que él llamó “cordones del orilé”, debido a la repetición de esa palabra o una similar en sus cantos.

Don Fernando Ortiz



Al igual que Fernando Ortiz, prácticamente todos los investigadores coinciden en que Agustín Sánchez fue el introductor del cordón en Bayamo, en 1910, y que provenía de Lajas de Guaninao, en las cercanías de Palma Soriano, donde predomina un tipo de espiritismo cruzado, con fuertes elementos afroides. El lugar está situado en un punto fronterizo entre dos regiones orientales con disímil composición racial, pues en Santiago de Cuba y Guantánamo es más fuerte la presencia negra, no así en Bayamo, Manzanillo, Las Tunas y Holguín.

La serranía de la Sierra Maestra se erige como un valladar entre esas dos regiones, que a partir de finales del siglo XVIII y principios del XIX comenzaron a experimentar una evolución diferente. Era también una zona de fuertes intercambios y mezclas culturales.

En esa zona de transición parece haberse originado el movimiento que dio inicio al cordón, en la forma en que actualmente lo conocemos; su lógico desplazamiento fue hacia donde la presencia negra era históricamente menor, y por tanto los sincretismos religiosos estuvieron menos permeados de influencia afroide; es decir, la antigua jurisdicción de la villa de San Salvador de Bayamo, donde se perfiló una región histórica con características diferentes respecto a las regiones vecinas, y una de cuyas peculiaridades fue la relativamente fuerte presencia de remanentes del legado material y espiritual aborígen.

Se debe precisar la vinculación existente entre la masonería, la práctica del espiritismo y las luchas por la independencia de Cuba, tema prácticamente virgen en la historiografía. Y no sólo en las guerras de finales del siglo XIX. Al respecto, es revelador el hecho de que en Bayamo, en la década del 20 de la citada centuria existieron logias masónicas donde aparentemente se

Fernando Ortiz (...) Fue el primero que de forma sistemática y profunda indagó sobre esa forma sincrética de espiritismo, que él llamó “cordones del orilé” [...]

Entendemos como posiciones unilaterales y extremas tanto el considerar su origen exclusivamente bantú, como el afirmar que procede directamente de las prácticas religiosas aborígenes

conspiraba contra el dominio colonial. A esas reuniones masónicas, donde primaban las ideas liberales, las autoridades las denominaban “cordón”.

El elemento negro no se presenta de modo directo en el cordón, sino a través de su paralelismo y su sincretismo con lo indio y con lo católico. Entendemos como posiciones unilaterales y extremas tanto el considerar su origen exclusivamente bantú, como el afirmar que procede directamente de las prácticas religiosas aborígenes.

Es de suponer que la religiosidad popular presente en la gran región del Valle del Cauto asimilara la doctrina kardecista en la segunda mitad del siglo XIX, y la integrara como basamento teórico para una práctica ya existente.

Ortiz describió prolijamente lo referente al cordón: los rituales, los cantos, las invocaciones, las posesiones, los despojos, la caridad, la decoración de los centros; los elementos materiales utilizados en la ceremonia; la composición social, racial y de género de los practicantes; y en fin todas sus características.

Ahora bien, entendemos que sus conclusiones no fueron acertadas en lo referente al origen de esa expresión sincrética de religiosidad popular, al negar cualquier posible huella indígena. Además de la extendida y aceptada creencia en la más o menos fulminante extinción total de los aborígenes cubanos, es de pensar que también otras circunstancias expliquen su posición al

En general, la visión de Ortiz sobre esta expresión sincrética de religiosidad popular resultó obnubilada no sólo por su fijación en los elementos negroides.

respecto – asumida después por otros investigadores –, ante un fenómeno que apreció – los posibles remanentes indígenas en el cordón – pero no remitió a sus orígenes.

Es preciso recordar que el problema del negro, desde los puntos de vista racial, económico-social, sociológico y cultural, era un elemento impactante en la sociedad. Ortiz lo estudió y lo vindicó como factor importante en la conformación de la identidad cultural cubana. En tanto, el indio no representaba un problema – como si lo fue en partes del continente americano – pues no había sobrevivido como grupo étnico definido. Su estudio se remitía más bien a consideraciones de índole antropológica y cultural. Por momentos, Ortiz reconoció la interinfluencia entre negros e indios, pero paradójicamente no reconoció los resultados de esa interacción, amparándose en el paralelismo existente entre ellos y en la imposibilidad de discernir el origen de algunas prácticas mágico-religiosas.

A favor del eminente etnólogo, se debe decir que en esa época – y aún en insuficiente medida actualmente – no existía un considerable desarrollo de las historias regionales y locales en Cuba, lo que le hubiera permitido contar con referentes históricos más precisos. En general, la visión de Ortiz sobre esta expresión sincrética de religiosidad popular

resultó obnubilada no sólo por su fijación en los elementos negroides. Aunque suene paradójico y quizás herético, Ortiz, como otra especie de nuevo descubridor de Cuba, penetró en sus profundidades, pero su acercamiento resultó a veces distante, más bien desde una perspectiva foránea, en este caso europea en lo referente a Cuba en su totalidad, y capitalina cuando del “interior” de la Isla se trata.

Mucho se ha avanzado desde entonces en el estudio y conocimiento del espiritismo de cordón, de otras expresiones de religiosidad popular y de la cultura cubana en general. Instituciones como la que lleva su nombre, en Ciudad de La Habana, y la Casa del Caribe, en Santiago de Cuba, dan fe de ello. Numerosos investigadores – algunos de ellos practicantes – han brindado una nueva visión, no desde una perspectiva agnóstica, sino desde dentro. Y esas renovadoras imágenes son – *per se* – múltiples y significantes.

No hay camino, por largo que sea, que no se inicie con un, imprescindible, primer paso, según reza un viejo proverbio chino. Puede haber tropiezos, pisadas en falso, pero como dijo el poeta Antonio Machado “se hace camino al andar”. Y es allí donde emerge, incansable en su sempiterna pelea contra las innumerables legiones de demonios, la figura de Don Fernando.

Nelson Domínguez, *Ofrenda en rojo*

